



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Año 2 Número 12 - Octubre 2015

Umbral

Revista Literaria



FVernet

Colaboraciones

*David Hernández Don Srtxema Eduardo Longa
Eric J. Lagarrigue Francisco Vernet
Ignacio López Castellanos Jonatan Bedoya
María Ángeles Castro Mariluz Moya Mendieta
Nora Ibarra Víctor Alejandro Hernández*

Nota Editorial

Hay distintas formas de ganarse el aprecio de la vida. Una de ellas es trabajando, ejerciendo los conocimientos y experiencias propias dentro de un área de maniobra humana. Siendo insuficiente este hecho para el hombre, ha buscado además, el placer al ejercer una profesión, donde no es el dinero ni el deber lo que le motiva, sino la pasión. El deber, y el medio por el cual se mantendrá viva una persona, acompañarán posteriormente a cualquiera que se desempeñe en su área con amor.

Nunca he trabajado, pues yo juego y me divierto en todo lo que hago. Cuando SAINDE surgió, buscábamos con Naida y Álvaro una manera de publicitar nuestras obras al mismo tiempo que las de otros escritores. Siendo esta una pasión en mí: el Arte, su estudio, y ayudar a quien merece ser ayudado. Es aquí donde puedo encontrar el verdadero arte de las letras en este mundo globalizado.

Ahora me doy cuenta de la responsabilidad que tenemos en esta sociedad, y espero que algún día podamos ser muchos los participantes, dar el ejemplo de la escritura a través de la misma, reivindicando su naturalidad y

generar una fuente de trabajo para quienes la desempeñen con pasión.

SAINDE busca autores, SAINDE se divierte.

Eric J. Lagarrigue

Editorial



SOCIEDAD DE AUTORES
INDEPENDIENTES

Umbral

Revista Literaria

Órgano oficial de la Sociedad
de Autores Independientes

Año 2 - Número 12 - Octubre del 2015

Dirección general: Eric J. Lagarrigue
Corrección y estilo: Henry G. Aguiar
Composición y diseño: Eric J. Lagarrigue
Consejera editorial: Ph.D. Naida Saavedra
Imagen de portada: Francisco Vernet

Colaboradores de esta edición

David Hernández Don Srtxema Eduardo Longa
Eric J. Lagarrigue Francisco Vernet
Ignacio López Castellanos Jonatan Bedoya
María Angeles Castro Mariluz Moya Mendieta
Nora Ibarra Victor Alejandro Hernández

Contacto: revista@sainde.net

Los derechos sobre el contenido incluido pertenecen a SAINDE o a sus respectivos autores. Las opiniones expresadas en los artículos publicados pertenecen a sus respectivos autores y no necesariamente representan la opinión de SAINDE.

Índice de contenido

Editorial

Nota editorial (Eric J. Lagarrigue) 1

Cuentos

Libérate Sombra (Jonatan Bedoya Zapata) ... 27

Poesía

Tú y solo tú (Don Srtxema) 3

Lunas olvidadas (Eduardo Longa) 6

El sueño de un valle prometido
(Ignacio Castellanos) 7

Noches de verano (María Ángeles Castro) 9

Veo tus ojos danzando en mi piel
(Marilyn Moya Mendieta) 10

Pienso en ti (Francisco Vernet) 11

Misceláneas

El segundo velorio (David Hernández)..... 13

Frases Célebres
(Victor Aalejandro Hernández) 20

De nuestra portada (Francisco Vernet) 21

Secreto compartido (Nora Ibarra) 22

El tiempo del arte - Ensayo
(Eric J. Lagarrigue)..... 29



La cultura y el acceso al conocimiento y al arte
son derechos universales.

Sociedad de Autores Independientes

Tú
y...
solo tú

Los labios sangrantes,
la garganta quebrada,
los ojos llorosos
y con moratones,
todo eso...
Fuiste tú para mí.

Recuerdo tus insultos,
tus vejaciones,
incluso tus golpes,
pero lo que no recuerdo,
son tus besos, caricias
y promesas
que un día me harías

Fruto de mi amor,
y todavía
no sé muy bien cómo,
tendríamos un par de retoños.
Con y por ellos
siempre
aguanté todo,
pero me equivoqué.

Aquellos días de maltratos,
se harían eternos
y empezarían casi
desde el primer momento.
Al principio
eran solo duras palabras
y siempre,
siempre al final

tú me pedías perdón;
después,
tú me harías creer
que la culpa la tenía yo,
te provocaba;
y por último...
El sadismo se mostró en vos
en todo su esplendor,
con puños y patadas,
que en más de una ocasión
casi acabaron conmigo

Pronto,
tuve que aprender
a estar callada
mientras tú estabas en casa,
tener todo siempre
como tú lo querías,
y sobre todo,
a ocultar aquellos moratones
que tú me hacías,
para que no los viera nadie,
me sentía culpable.

Hoy,
sé que siempre fuiste tú,
tú,
y... Solo tú,
con tus celos infundados,
tu machismo caprichoso
y aquel complejo de inferioridad
que siempre te acompaño,
tú,
y... Solo tú,
tu mediocridad
tu inseguridad
tú,
y... Solo tú.

Tardé demasiado en darme cuenta,
nunca te sería infiel
ni te denuncié
ni tan siquiera me quejé,

solo...
 Callé,
 callé cual asesino confeso,
 pero no era yo,
 eras tú,
 tú,
 y... Solo tú.

Un día alguien,
 al abrir el periódico
 y en primera página,
 leería,
 “marido mata a su esposa e hijos”
 era yo,
 que con mis miedos e inseguridades,
 no denuncié,
 tuve miedo al qué dirán
 o lo que nos pudiera hacer,
 y sin saberlo,
 dejaría nuestro destino en sus manos,
 el destino de mis hijos y mío.
 “Tú,
 y...
 Solo tú”



Dedicado a aquellas “Reinas” del hogar, que por uno u otro motivo,
 se dejan destronar por un “vasallo” sin escrúpulos y baja estima.



Don Irtxema

Victoria Gasteiz - Álava, Araba - 1957

Lunas olvidadas

En el fondo del espejo que eras
pude tantear tus mareas
hijas de la furia
escondida en la brisa
que golpeaba mi cara

Crucé los bordes rotos
de cada puente caído
desde tu desesperanza
y levanté mis banderas blancas
en cada abrazo de las olas

Miré lo nocturno
de tu silueta
y encontré la luz
en todas tus lunas
olvidadas en el agua

El océano no fue suficiente
preferí ahogarme
en ti.



Eduardo Longa
Caracas - Venezuela

El sueño de un valle prometido

*D*e madera eran los techos y piedra desnuda sus paredes,
Fuera el mundo nos esperaba,
Verde/ Repleto de canciones/ Esperando ser descubiertas/ A través de nuestros pasos y miradas vivaces/
Por la noche el fuego crepitó en el hogar,
Comida en abundancia y bebida reconfortante,
Una cama y agua caliente.
Qué maravilla, la canción del cielo y sus luces;
Bajo su negro manto,
Conversamos y festejamos cada momento,
Alma viva, con cada paso que dimos,
Hasta la alcoba soñada.

Intruso o visitante despistado,
Atrás quedan las chimeneas,
Y los cielos grises;
Si descuidas tus pasos,
Y vacías tu mente,
Serás conducido,
Al ocaso,
Donde el día,
Se funde con el horizonte.

En la montaña/ En el bosque/ En los caminos/ En las colinas/ En los riachuelos/ Al rebasar un repecho escarpado/ Puertas de plata y esmeralda se nos ofrecen...

Bailan desde la neblina inalcanzable,
Desde la copa del árbol más lejano,
O,
Sobre el musgo de una roca cincelada y,
Olvidada/

Verdes son sus vestidos/ De madera viva sus salones/ Invisibles sus pasos/ Suaves y lejanas sus voces/ Altos sus coloridos tejados/ Reconfortante el cantar de sus amigas/ Las aves del bosque...

Ya no hay silencio en los valles/ Ni el relincho del caballo/ O el reclamo del cuerno/
En las colinas y senderos/

Largas hileras de piedras talladas,
Tiendas de lona a vivo color,
Humo en los hogares,
Canciones en los claros,
Susurros lejanos,
En los cruces de caminos,
O en arroyos solitarios.

Realidades olvidadas/ En bosques/ Y montañas/
Reinos perdidos,
En la aurora del recuerdo.

Bajando por el ancho camino/ Un paso tras otro/ Hasta cruzar una colina más/ Las hojas
Bailan/ Entre las retorcidas ramas/ Briznas de hierba/ Transportadas por el viento/ Susurran
canciones/ Desde el anchuroso valle.

Volver al verde,
Cantar sobre los árboles,
Sentir el suelo bajo nuestros pies,
El viento y la lluvia,
Sobre nuestras cabezas,
Poco nos importaba ya,
Qué había,
Tras la siguiente colina,
Era ahí,
Donde debíamos estar
Sin desear,
Nada más.



Ignacio López Castellanos
Asturias, España, 1988

Noches de verano

Noches de verano
cuando los amores
se expanden,
los sueños
se engrandecen,
la música
se escucha
en el sesteo
del viento,
los cuerpos
se desnudan
y las sonrisas
se abren.
Noches de verano
cuando la miseria
parece menos
y la piel
roba
el color
al sol.
Noches de verano
conmigo,
sin ti.



María Ángeles Castro
El Pedregal, Asturias - 1953

Veo tus ojos danzando en mi piel

Ve
o tus ojos danzando en mi piel,
acercan con tu boca la súplica delirante
y camino tristemente por el suelo impaciente,
mis ojos hablan con lágrimas de hiel.

Cantan tus manos alegres versos,
se desata de tu voz la mirada envolvente,
tu piel mira el aroma de un dulce recuerdo
anhelando volver a nuestro idilio pendiente.

Las flores hablan describiendo tu aroma,
te han visto pasar cerca de aquel aposento,
la noche oscura fue siempre testigo
de nuestro frenesí y apurado aliento.

El viento canta cada atardecer tu nombre,
los luceros lloran en tu ausencia.
¡Te extrañan amor mío,
todos los lugares, los que solíamos frecuentar!



Mariluz Moya Mendieta
Tolima - Colombia

Pienso en ti

*T*e recordé...
una sensación súbita,
te trajo de vuelta en mí,
el coro de una canción,
el estribillo de un puente melódico,
o, el acorde final...
"esa", nota suave que se desvanece,
tan sutilmente al final de una melodía,
y que en una vibración, tan lenta, y pausada, desaparece...
te trajo a mí.

Peculiar sensación...
olor de extraña ansiedad... !Petricor!
que entre el delicado perfume de humedad,
inspira emociones, y devociones,
despertando delicias.
Tierra húmeda que tras torrentes de lluvia,
seduces
produces
inquietas
alertas... caricias, y quebrantos,
cuando la última gota, cae... sobre la tierra,
que... como fértil posadera de inesperada inseminación,
crea vida, y en ella, crea... memorias llenas de ti,
en peculiar emoción contenida en el recuerdo de la humedad exquisita de tus labios,
que en la torrencial de hoy,
te trae de nuevo a mí.

Me estremezco... liado de contrastes
conflictos
enojos, y desengaños,
entre recuerdos...
habría querido olvidar esas caricias, tan tuyas,
características de ti,
espontáneas, y sutiles...

de infinitos detalles,
qué, cuál cálido amasijo de bruta emoción, descomponen mi tiempo...
entre hojarascas... y lisonjas,
en tormentas
huracanes
tornados
y plenas de adversidad,
que animan, hoy, como ayer,
en tu finita partida,
las calientes venidas de ideas,
que embriagan mi sanidad,
obligándome...
a ti,
quien, entre el Petricor, y una nota,
hoy... te han traído a mí...



Francisco Vernet

Ciudad de México, México - 1964

El segundo velorio y segundo entierro (Jülejiapala)

El viejo Reinaldo Epiayú que tenía el don de comunicarse con los espíritus se levantó a las tres de la madrugada. En la oscuridad de su pichikaa, a tientes, dio tres pasos y hamaqueó el chinchorro donde dormía su mujer. Mientras encendía una vela y en lengua guajira le dijo:

—Levántate y me haces café. Tengo que llegar a Río Hacha antes del amanecer; la gente de Maicao me esperan para llevarme a Alitasía en La Guajira venezolana. Tocaré el kashac en el segundo velorio y segundo entierro de Érika Montiel Ja'yaliyuu. Ya han pasado, mujer, once años de su muerte.

En la semioscuridad se lavó las manos y el rostro, eligió su mejor camisa y calzó sus alpargatas. Luego empezó a ponerse su she'i. Las primeras vueltas hacen la función de calzoncillo, luego fue moldeando la tela en cadera y muslos a manera de una falda. Lo ajustó con un fajón a la cintura. Tomó a sorbos el café humeante sin colar que le ofreció la mujer. En su bolso guajiro metió las dos baquetas de vera, se colgó del hombro su viejo kashac o tambor como lo llaman los alijunas. Tomó su sombrero y sin despedirse ni cerrar la puerta salió de su piichikaa. La luna era nueva, el cielo infinito, profundo estrellado. Tenía que andar más de tres horas hasta Río Hacha. Vio, a pocos metros de haber iniciado su caminata, una sombra de mujer que cruzó presurosa su camino. Era la misma mujer que se le presentó en sueños, esa noche, para que no olvidara su compromiso de asistir a su segundo velorio y segundo entierro.

Llegó a Alitasía después del mediodía. El jefe del clan le dio la bienvenida, le indicó donde colgaría su chinchorro. Le entregó su pachiska'a con el chirrinchi; Reinaldo le quitó el tapón, se tomó un trago, dulzón al paladar, fuerte y tibio a medida que descendía al estómago. El hombre lo llevó a saludar a la anciana Rina la madre de la difunta. Hablaron en guajiro porque Reinaldo no hablaba español, de cualquier manera era un hombre tímido, de pocas palabras. Después que los dos ancianos compartieron información de parientes a cada lado de la frontera, se despidió de ella y buscó un lugar apartado de la gente en una de las enramadas. Tomó su tambor de madera y comenzó a afinarlo tensando el cuero de chivo, porque el viaje desde La Guajira colombiana lo había desafinado. Fue la primera vez que lo escucharon. Pasó un buen rato haciéndolo, tocaba y tensaba, hasta que quedó conforme. Guardó las baquetas en su bolso guajiro, cuidadosamente colocó su kashac (tan

viejo como él) en el piso y tranquilamente en un rincón guardó silencio viendo llegar a la gente. Paisanos de diferentes partes de La Guajira y Maracaibo arribaban por decenas. Con sus gritos estridentes también los alijunas lo hacían como si llegaran a un festín. Colgaban sus hamacas y chinchorros en las enramadas. Reinaldo con su sombrero en la mano guardaba silencio.

El ambiente era de puro corre corre. Familiares y trabajadores no paraban girando instrucciones a las cocineras y acomodando a cada quien. Corrían las mujeres de la casa de allá para acá y un enjambre de ayudantes no paraban de preparar la comida. Había dos fogones ardiendo en el patio. Mientras los hombres tomaban chirrinchi y güisqui, las mujeres tenían que mantener los carbones ardiendo, lavar trastes, condimentar la carne de vacuno, ovejo y chivo, hacer decenas de arepas y cocinar la yuca. En un caldero gigante hervía el aceite para el friche. El humo de los fogones y el olor de la comida eran despejados por la brisa fresca que venía del mar Caribe.

Se ocultaba el sol en los médanos amarillos de Alitasía. Reinaldo seguía apartado esperando los momentos precisos, hasta que se levantó, tomó su kashac, se lo terció parsimoniosamente, luego baquetas en manos y con ánimo solemne comenzó a tocar.

Tum Tum Tum, retumbó más allá de Alitasía su toque fúnebre. La gente, visiblemente curiosa guardó silencio por unos momentos. Resonó en la laguna frente al caserío, retumbó en los médanos amarillos detrás del cementerio y el eco fue como el redoble de otro tambor que contestaba con un tam tam tam desde el cementerio. Tum tum tum, lento, profundo retumbando desde Alitasía, los médanos y el camposanto. El momento era sobrecogedor.

Alitasía tiene su cementerio pequeño de paredes blancas y altas, allí yacen los miembros de una sola familia. Detrás existe un jasai (médano) gigante que ha dejado de moverse hace muchos años, es fácil adivinarlo porque ya tiene árboles viejos y frondosos. Al frente del cementerio se abre una pequeña plaza con cinco bustos que perennizan a José de la Rosa Fernández (El Torito Fernández), José Leonardo Fernández, Nemesio Montiel Epiayu, Manuel Matos Romero y Don Rómulo Gallegos. A un lado del cementerio está el museo de la familia Montiel, allí se conserva el escritorio donde Gallegos trabajó Sobre la misma tierra.

Tum tum tum...

Fue a partir de ese momento que el verdadero espíritu de la convocatoria comenzó.

Se hizo de noche y en la oscuridad los repiques suenan diferentes.

Tum tum tum...

Tam tam tam...

El viejo Reinaldo apartado de la gente, debajo de una bombilla parpadeante, manejaba a su antojo los tiempos del rito. Su toque era denso,

fúnebre, lento y como se mezclaban los tum tum tum con los tam tam tam que le retornaba el eco desde los médanos, se las arreglaba para que armónicamente se escucharan como si fueran varios tambores de una misma orquesta.

Pura magia.

El kashac es de madera, redondo, de mediano tamaño, de cuero de chivo y tensado con cuero de vacuno, las baquetas tienen que ser de vera. Este instrumento es usado en eventos: fiestas, matrimonios, carreras de caballos, toques de guerra y por supuesto ceremonias fúnebres. El redoble fúnebre del wayuu es un vínculo unilateral de vivos a muertos; estos a su vez, hablan a los vivos a través de sueños.

Reinaldo interrumpía los toques del kashac, descansaba y al rato los reanudaba. Tocaba de nuevo por varios minutos y en esos momentos resonaba nuevamente en el aire y en el monte; en los médanos amarillos y el camposanto, todo con un fin: mantener alejados los malos espíritus de la gente allí reunida, porque como sucede entre los vivos, también existen entre los muertos buenos y malos espíritus.

Pura magia en la oscuridad de la noche de Alitasía.

Desde su apartado lugar miraba con profunda tristeza a sus paisanos, especialmente a los más jóvenes que no le hacen caso a los sueños, ni tienen quien los oriente.

«No es como antes», pensó Reinaldo, mientras se tomaba un trago de chirrinchi. Ahora muchos paisanos no creen ni sienten ni entienden... No es una comilona, es un acto especial. Se consume la carne de estos animalitos para que resuciten en Jepira y los muertos tengan que comer. Cómo explicarles el funeral wayuu: el reparto de los alimentos a los asistentes, la exhumación y segundo entierro, todo tiene que ver con la sencilla verdad de que la vida es solo una etapa previa a un estado más sublime y perenne que es la muerte.

Eso le dolía a Reinaldo, que sus paisanos cada día conocieran menos de sus costumbres y creencias. Él sabía que es la muerte quien influye sobre la vida. Con frecuencia los muertos se manifiestan en sueños, envían mensajes a los vivos. Lo que los muertos digan en los sueños es algo irrefutable, no se cuestiona y, la difunta había pedido en un sueño a su madre Rina que le prepararan el segundo entierro. Él mismo soñó con la difunta mucho antes de que un emisario venido desde Alitasía lo invitara para que tocara su kashac. En los tiempos modernos los paisanos ignoran sus sueños, tal vez ni sueñan. Los mismos wayuu vienen a esta ceremonia como si se tratara de un festín o comilona. Al morir un guajiro, en su primer velorio, se reparte abundante carne de vacuno, caprino y ovino. La creencia es que el muerto se llevará consigo a sus animalitos muertos a Jepira para que no le falte comida en el Más Allá.

El segundo entierro es importante, porque mientras la carne aún esté pegada a los huesos, el difunto estará en una etapa de transición. Es importante

que se produzca la exhumación para que una mujer, aunque podría ser un hombre, se asegure de que sea retirado todo tejido blando del hueso y así proceder al segundo entierro. Es la ayuda de los vivos a los muertos para desprenderse de lo malo y así poder descansar con sus antepasados.

Cerca de la medianoche se escuchó un repique de tambor diferente, era un llamado especial donde únicamente los hombres acompañarían a los familiares varones al cementerio. Se pusieron en movimiento y abandonaron el caserío.

Los hombres seguían el tum tum tum de Reinaldo, seguían al que iba abriéndoles el camino al cementerio en la oscuridad del cujisal y avisándoles a los espíritus que eran ellos, sus familiares, que solo estarían allí para preparar la exhumación el próximo día y sacar los huesos de Érika, sin perturbarlos. El wuayuu conoce bien que debe respetar los cementerios y eso mantiene el equilibrio.

Los hombres con mandarría y martillos abrieron parcialmente la tumba, la rociaron con chirrinchi. Se le hace bulla, para que la difunta conozca que se procederá en las próximas horas a realizar su exhumación, que en poco tiempo se le hará su segundo velorio y segundo entierro. Cuando un wuayuu muere después de su primer entierro, el muerto se queda muy cerca de sus familiares. Es necesaria por eso su exhumación, la limpieza de los huesos para su pase a la vida eterna. Podríamos pensar entonces que existen dos Más Allá; uno para cuando el wuayuu muere y el segundo después de la exhumación y segundo entierro.

Los espíritus de los que allí yacen salen a proteger íntegramente su territorio, Reinaldo siente que hay muchos espíritus rondando y que debe tocar el tambor con brío, para que ellos sepan que los que están allí no están profanando las tumbas, y por lo tanto no se les puede hacer daño. El tum tum tum de su tambor hace retumbar las tumbas del cementerio y se escucha hasta en otros caseríos que están próximos a la playa y la gente de esos confines sabrán que en el cementerio hay gente amiga.

Reinaldo vigilante se dirige a la puerta, y toca su tambor indicando a los hombres que deben seguirlo y todos abandonan el cementerio. Las sombras de los cujies reposan en la tierra seca; la Vía Láctea esplendorosa indica a los cautelosos hombres el camino de regreso. Tam tam tum tum retumbaba el kashac camino al caserío de los Montiel. Al llegar, Reinaldo buscó su chinchorro y se acostó a dormir. Mañana será un día muy largo.

Con el alba el kashac de Reinaldo despertó a la exhumadora y a toda la gente; llegó el momento a la exhumadora. En procesión con Reinaldo a la cabeza y envueltos con el tum tum tum y tam tam de los tambores se dirigen al cementerio. La brisa que llega del mar a esa hora es fresca y los médanos se mudan con ligereza. Mientras las mujeres ayudan a la exhumadora con cremas,

guantes, mascarillas y baños de chirrinchi para protegerla, los hombres con sus mandarrias derriban la tumba. Es un momento solemne, los hombres sacan la urna y la abren. Se apartan, y solo las mujeres de la familia rodean los restos. La exhumadora con reverencia se acuclilla, toma el cráneo, lo examina y luego prosigue. Uno a uno va retirando cada hueso del esqueleto; les va limpiando los restos de piel, carne, bellos depositándolos en una manta. Las mujeres acompañantes comparten el chirrinchi. En ese momento no se puede llorar, ni sentir miedo ante la muerte, pero sí es importante protegerse del contacto y también de su olor. Los hombres, guardando distancia, se agrupan y hablan sus asuntos. Toman sus tragos, mientras la exhumadora cumple el trabajo. Durante la exhumación la actividad en las cocinas se detiene porque allá en el cementerio el momento es sagrado. El hombre del tambor también guarda distancia y respetuoso silencio. No toca el tambor. Algunos disparan al aire.

—Este sonido, el que hace la explosión de las armas —dice un hombre— es para que el difunto termine de despertar y sepa que pronto comenzará su segundo velorio.

Terminada la exhumación los huesos limpios son depositados en un cofre.

Reinaldo de nuevo toca su kashac y los asistentes lo siguen en procesión.

Una vez en el caserío, el cofre cubierto con un tejido multicolor guajiro es colocado en una suerte de altar, junto a una foto de la difunta en sus años mozos. Se reinicia la actividad en los fogones.

Los lamentos estridentes de las plañideras se mezclan con las conversaciones de los hombres. Un ejército de mujeres prepara múltiples platos en los fogones improvisados al aire libre. En una paila negra gigante freirán el friche. Decenas de chinchorros multicolores van siendo ocupados por sus dueños. Reinaldo desde su rincón descansa. De rato en rato le da un beso a su pichikaa y se seca los labios con la manga de su camisa. Una pareja de loros vuela sobre el caserío y distrajo sus pensamientos con la algarabía por unos segundos. Mira hacia la laguna y ve de nuevo a la mujer que dos noches atrás le pidió en sueños que no olvidara su compromiso de venir al segundo entierro. La mujer lo miraba desde la orilla de la laguna.

Reinaldo siente lo que se vive cuando los espíritus están presentes y quieren comunicarse con uno. Escuchó en su mente cuando la mujer dijo:

—Esta gente cada día cree menos en esto, son ya pocos los que se ocuparán de nuestros muertos y eso quiere decir que en el futuro los wuayuu vagaran insepultos por toda La Guajira sin poder entrar a Jepira. Mis hijos no tendrán segundo entierro porque no habrá quien los exhume.

Reinaldo la buscó entristecido con su mirada; los wayuu jóvenes están abandonando La Guajira en busca de una vida más fácil, pero... ¿qué quedará de estas vivencias? Nada, se terminarán pronto; tal vez uno que otro paisano las

continuaría, pero cada día serán menos frecuentes los segundos entierros. No saben ellos que para el guajiro el segundo entierro significa la despedida definitiva de este mundo, su entrada a Jepira, la reunión con sus antepasados.

El viento silbaba en los kujíes y los taparos, el viento movía los médanos amarillos alrededor de la laguna y el cementerio. Un grupo de mujeres wuayuu rodeaban a la exhumadora, se turnaban y hablaban para no dejarla dormir. Si el sueño la domina y se duerme su vida corre peligro y puede morir. El chinchorro de la exhumadora lo colgaron a escasos pasos del cofre que contiene los huesos.

Reinaldo percibió desde su quietud algunas sombras alrededor del rancherío, dando vueltas por los lados de la laguna, hablando entre ellas bajo los kujíes del monte. Pero solo él escuchaba. Muriendo la tarde se puso de pie, se terció su kashac y lo hizo sonar un buen rato hasta que se aseguró que los espíritus escuchaban complacidos y se retiraban a los médanos amarillos.

Pura magia en la oscuridad de la noche de Alitasía.

Reinaldo vigilaba, el tampoco durmió durante la tarde y la noche.

Antes de amanecer las dos cocinas estaban de nuevo muy ocupadas, numerosas mujeres hacían arepas y freían el friche. Al amanecer sirvieron el desayuno a todos los presentes. La exhumadora lo había logrado, pasó toda la noche en vela. Pero, todavía tenía que mantenerse despierta hasta después del segundo entierro. Llegó el momento. Se cumplió con la última etapa: se iniciaba así la consumación del segundo entierro. Cuando salió el sol, partieron en procesión cargando el cofre con los restos. Llegaron al cementerio. Los huesos en su cofre fueron depositados en un nuevo nicho donde descansarán para siempre. Reinaldo, que permanecía silencioso apartado del grupo, percibió un llamado, vio de nuevo a la mujer y notó que sonreía complacida, dijo adiós con su mano y levantó el vuelo siguiendo la dirección de Jepira en la Alta Guajira, ahora podía entrar a reunirse con sus antepasados.

Tum tum tum retumbó en el cementerio el kashac de Reinaldo, tam tam tam respondía el eco más allá de los médanos.

GLOSARIO

Kashac: Tambor guajiro, redondo, de madera, cuero de chivo y tensado con cuero de vaca.

Pichikaa: Casa humilde.

Alitasía: Caserío en La Guajira venezolana, cerca de Cojoro.

Alijuna: Persona no guajira.

Friche: Fritura de vísceras de vacuno, ovino o caprino.

She'i: Faldón que usa el guajiro varón y que sostiene con un fajón.

Piichikaa: Es la concha del coco entero y seco usado como recipiente

para el chirrinchi.

Chirrinchi: Bebida alcohólica fuerte, hecha de panela y añejada en coco.

Jepira: Lugar donde van los espíritus del wuayuu después del segundo entierro.

Cují: Árbol tropical que crece en terrenos áridos del Caribe. Tronco retorcido, copa en paragua. Sombra copiosa.

Jasai: Médano. Arenita.

Jülejiapala: Traduce el evento del segundo velorio, segundo entierro.

Obra Presentada en:

*País Papel de la ASOCIACIÓN DE ESCRITORES DE MÉRIDA,
VENEZUELA*



David Hernández

Maracaibo, Venezuela - 1951

Frases célebres

Estimados amigos:

En los próximos días se cumplirán 495 años de una fecha infame en la historia de la Literatura. El 7 de Octubre del año 1520 pasaría tristemente a la historia por tener lugar, en la ciudad de Lovaina (Bélgica), la primera quema pública de libros de la cual se tienen conocimientos.

En aquella vergonzosa ocasión fueron publicaciones Luteranas las que se arrojaron al furor de las llamas, sufriendo así el fanatismo religioso del ser humano. Por desgracia, a aquella quema le siguieron otras muchas. Motivos ideológicos, políticos o, como en aquella primera vez, religiosos, han sido los esgrimidos por la sinrazón humana para perpetrar tales aberraciones contra la cultura y el arte.

Desde Umbral (y por extensión desde SAINDE), estaremos siempre comprometidos con el respeto hacia el trabajo ajeno, con la libertad de expresión, y con el acceso irrestricto a la cultura, tal y como reza nuestro manifiesto. Como consecuencia, condenamos rotundamente este tipo de actos, se produzcan donde se produzcan, y afecten a las ideas que afecten.

Les acercamos la siguiente serie de frases célebres con el fin de invitarles a reflexionar conjuntamente sobre la importancia de preservar y dar continuidad a nuestra cultura.

· "Ahí donde se queman libros se acaba quemando también seres humanos".
Heinrich Heine

· "¡Cuanto ha avanzado el mundo: en la edad media me habrían quemado a mí!". Sigmund Freud

· "Las palabras de aliento después de la censura son como el sol tras el aguacero". Johann Wolfgang Goethe

· "El fanático es un gran altruista. A menudo, está más interesado en los demás que en sí mismo. Quiere salvar tu alma, redimirte. Liberarte del pecado, del error, de fumar. De tu fe o de tu carencia de fe." Amos Oz

Hasta la próxima. Que tengan ustedes un mes pleno en inspiración.

Un saludo



Victor Alejandro Hernández

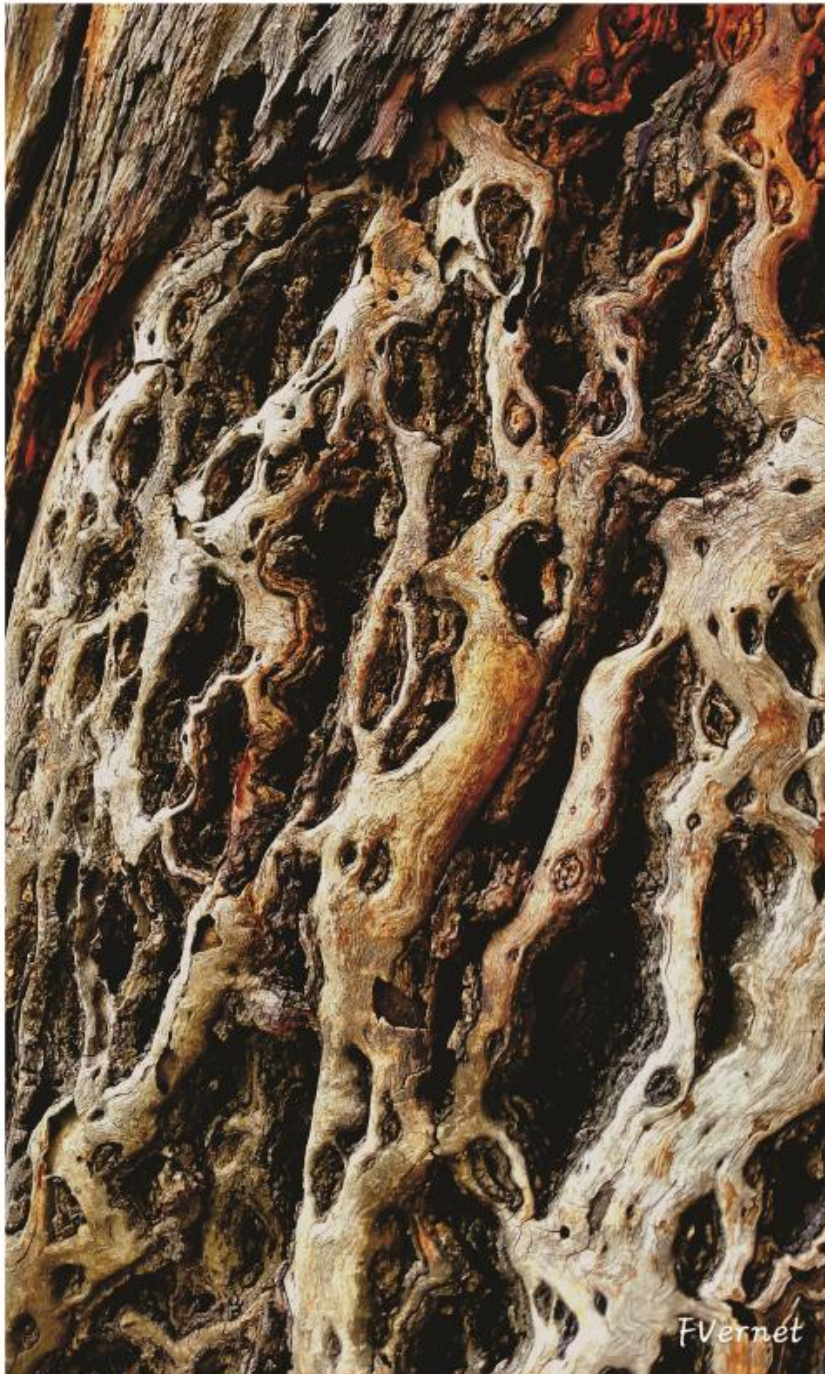
*Isla de La Palma
(Canarias, ESPAÑA)- 1978*

Francisco Vernet

De nuestra portada

*F*rancisco Rdz. Vernet. Nació en la Ciudad de México, 1964. Se graduó como cirujano ortopedista en la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente ejerce como cirujano ortopedista. Apasionado por la literatura y la fotografía nos lo muestra tanto con sus continuos aportes literarios, como ilustrando, en este número, la portada.

<http://saindeautores.jimdo.com/autores/francisco-vernet/>



Secreto compartido

El malestar en la boca del estómago apareció ni bien el ómnibus tomó el camino de la costa. Me engaño pensando que me hizo mal el alfajor de chocolate que comí en la terminal. La proximidad de la llegada al pueblo me trae un sabor amargo. Mastico el antiácido mentolado mientras miro el mar por la ventanilla, parece una gran alfombra azul con respingos plateados, producto del reflejo del sol.

El micro avanza por la carretera con un traqueteo cotidiano conocido. Pasa la confitería bailable donde está el avión pepper en la entrada. Al tomar la curva se ve la arcada con las letras grandes anunciando la bienvenida a los viajeros. Minutos después entramos en el pueblo. Todos los pueblos tienen su encanto, para mí este lugar no es encantador, me resulta sin poesía y hasta poco armonioso. Las casas combinan con el paisaje agreste creando una arquitectura improvisada sin árboles ni jardines. Algunos transeúntes y sus perros caminan por las calles camuflados de turistas.

Los habitantes de Santa Martina son como personajes de la mitología griega. Náufragos rendidos al encanto del lugar. Seres a quienes los dioses dieron el don de no tener pasado, apenas un futuro promisorio que nunca llega. Un sueño que se diluye cada invierno en una copa de ginebra.

Mi familia vive aquí. Desde hace más de veinte años forma parte de la comunidad de náufragos. Yo elegí el anonimato de la gran ciudad, la identidad resguardada en el gesto displicente, la falta de temor al qué dirán. Todos los años, en el mes de diciembre llego con la excusa de descansar, olvidarme del ruido hasta extrañarlo y desear volver.

Sé lo que vendrá, levantarme con el sol, tomar mate bajo la higuera, comer asado, beber vino. Caminar descalza por la gramilla. Excluyo del itinerario ir a la playa. Lejos quedó la costumbre de dormir bajo el sol, abrazada a la arena, o nadar en el mar excesivamente frío. Mi interés está en aislarme de todo y de todos. No tener que saludar ni desear felices fiestas.

Desciendo del autobús y el viento, marca registrada del lugar, arremolina mi cabello. Observo que algunos curiosos me miran mientras subo al taxi que me conducirá a la casa. El coche arranca y sale de la avenida principal. El paisaje se modifica tornándose verde. La brisa trae el perfume del bosque de eucaliptos. Los sonidos son diferentes a los que mis oídos ciudadanos

acostumbran escuchar.

Al llegar el chofer me ayuda con el equipaje al mismo tiempo que me recomienda saludos para mi mamá. Camino hacia el fondo de la casa y entro por la puerta trasera. Hay un silencio peculiar, todo está en penumbras. Alcanzo a distinguir la silueta de mi abuela en la sala, sentada en el sillón de mimbre. Me cuesta reconocerla. Me pregunto si esta anciana es aquella mujer locuaz, famosa entre sus familiares y amigos por sus extravagancias que desplegaba magia en la cocina. Todos acudíamos a ella en busca de soluciones o canciones, o simplemente para deleitarnos viéndola armar sombreros. Yo la espiaba todo el tiempo y la atosigaba con mis preguntas sobre amor y sexo: ¿Cuándo se había enamorado por primera vez? ¿Quién fue el primer hombre en su vida? ¿Cuántas veces había besado a alguien antes de casarse? Ella se sonrojaba y escabullía la respuesta con un “ve a la cocina y pon la pava con agua a calentar que yo voy en seguida a preparar el mate”. Esta contestación me llevó a pensar que los abuelos eran seres asexuados que engendraban bebés... ¡vaya a saber cómo!

Un día, no recuerdo como ni cuando, entabló amistad con el silencio. La invadió la tristeza. Se enfermó de ausencias, de falta de bullicio infantil y vecinos emigrados. Parecía que ya nada ni nadie la divertía. Su pasatiempo favorito pasó a ser mirar los girasoles del campo contiguo a través del ventanal.

Me acerco a ella lentamente, casi no nota mi presencia. Quedamente le pregunto:

—Hola ¿dónde están los demás?

Me responde, sin dejar de mirar el paisaje.

—Algunos trabajando... otros haciendo compras...

Vuelve al silencio. Tengo la impresión que dialoga con los girasoles. Por momentos conversa con ellos, por momentos pasa lista a los recuerdos. Con el ánimo de entablar conversación le digo:

— Los girasoles tienen la apariencia de criaturas despreocupadas que bailan al compás del viento.

—Deberías escribir un cuento —dice.

—¿sobre los girasoles?

Se encoge de hombros.

— Sobre los girasoles...sí...puede ser...sobre lo que quieras, imaginación no te falta.

Nuevamente vuelve la vista hacia el ventanal.

Aprovecho para ir a la cocina a preparar el mate. Cuando vuelvo a la sala con la bandeja, le pido que me los cebe mientras comienzo a encender la salamandra para eliminar el tufo a humedad que el invierno dejó en las paredes de la casa. Coloco un leño pequeño de quebracho, palillos, piñas y ramitas secas de pino. La estufa comienza a rugir. Levanto la tapa que está en la parte

superior. Las llamas chisporrotean alocadas. Embelesada ante el espectáculo, extendiendo los brazos y digo con ironía:

—Que el espíritu navideño se apodere de nosotros.

Ella está detrás de mí mirando el fuego.

—La navidad es una fecha triste. Solo los chicos disfrutaban de ella...

—¿Por qué los chicos nada más. Acaso los adultos no?

Me mira como si mi pregunta estuviera fuera de lugar.

—Bueno...sí pero es diferente...

—Diferente ¿Cómo?

—O estás muy cansada del viaje, o estás empeñada en hacerme hablar

—responde con cierta irritación.

Sonrió.

—No vamos a discutir. Solo quiero saber qué es lo que quieres decir. ¿Acaso solo tuviste ilusiones cuando eras chica? ¿De grande no? Como era entonces que organizabas esas fiestas con la mesa grande, el mantel blanco y el gallo asado. Todavía recuerdo cuando le cortaste la cabeza y el pobrecito salió corriendo descabezado por el patio.

Las dos reímos y ella agrega:

—En la infancia es distinto, un chico está lleno de esperanza. Eso lo ayuda a amortiguar la nostalgia, la tristeza.... Puede dar vuelta con la imaginación todo lo que se le antoje, no piensa en el futuro. Yo también fui pequeña y tuve ilusiones a pesar de mi niñez austera.

Llena de curiosidad acoto.

—Hay algo que nunca me has dicho...me refiero a tu infancia...

Se muerde el labio inferior. Carraspea...

—Hay un recuerdo que siempre me acompañó, aun de grande, y nunca conté a nadie. Cuando tenía cinco años, mi mamá, mi hermano José y yo fuimos a Galicia a visitar a la abuela Andrea, mi abuela materna, que había enviudado. Papá se quedó en la Argentina porque tenía que trabajar, se reuniría con nosotros después.

Pasaron dos años desde nuestra llegada. La navidad estaba próxima. El gran regalo para mí sería ver a mi papá de nuevo. Quince días antes de su llegada recibimos una carta de él diciendo que no vendría. Sentí que el corazón se me arrugó como una pasa de uva. Hacía meses que tenía el regalo guardado pero con la distancia...no sabía cómo iba a dárselo...

—¿cuál era el regalo?

—Una foto mía que me habían sacado en la plaza en mi último cumpleaños. Guardé cuanta moneda me daban para comprar un portarretrato... Pensé en enviarla por correo. Cuando se lo dije a mi mamá, me respondió que el envío era muy costoso y no teníamos dinero para ello. Durante días me devané los sesos pensando que podía hacer hasta que se me ocurrió una

idea: a la vuelta de casa estaba la barbería de Benito, que compraba cabello de mujer.

Mi cabello era rubio y largo más abajo de la cintura. Lo vendería y con el dinero pagaría el envío. Sabía que iba a llevar una penitencia pero estaba decidida. Además mi cabellera crecería nuevamente y por la penitencia...paciencia.

Todas las mañanas, al volver de comprar el pan, pasaba por la puerta del negocio. Benito era un hombre bonachón y simpático. Esto me dio coraje para entrar al salón. Cuando me vio dijo:

—Hola Lía, ¿qué te trae por aquí?

—Benito, quiero vender mi cabellera.

—¿quieres que te compre el cabello. ¿Tú madre sabe de esto? ¿Ella te autorizó? ¿Para qué quieres venderlo?

—Mi madre no sabe nada. Ella no me autorizaría a hacerlo. Quiero mandar a mi padre el regalo de navidad.

—¿Puedo saber cuál es el regalo?

—Un portarretrato con una foto mía, para que no me olvide. Madre dice que el envío es muy caro y ella no puede pagarlo.

—Tu mamá se enojará mucho conmigo y no me dirigirá la palabra nunca más y a ti te dará una penitencia de padre y señor. Pero...podemos hacer lo siguiente: te prestaré el dinero y me lo tendrás que devolver con una tarta de Santiago.

—¿una tarta de Santiago? Nunca hice.

—Por eso no te preocupes, Carmen, mi esposa, te enseñará. Por los ingredientes que se necesitan también no te aflijas, en casa hay. Ven mañana a la tarde con el retrato que lo llevaremos al correo.

—Así fue como le mandé la foto a mi papá. Carmen me enseñó a preparar la tarta de Santiago. Me salió tan buena que preparé una para la abuela Andrea y otra a Doña Jacinta, la profesora de piano. El tiempo que viví en Galicia me torné una experta en esas tartas tradicionales. Todos los años me las encomendaban. Cierro los ojos y aún puedo sentir el olor de las almendras y la canela.

Cuando cumplí dieciséis años volvimos para Argentina. Papá venía a visitarnos todos los domingos. Después que me casé me visitaba tres veces por semana e infaltablemente todas las navidades.

El secreto de mi abuela no fue la intención de vender su cabello, sino la aflicción que le provocó esconder la nostalgia y el amor que sentía por su papá ausente. Cargó consigo el peso de la separación de sus progenitores que se valieron de la distancia como excusa y sin proponérselo, convirtieron a su hija en cómplice de la situación.

Mientras narraba la historia, vi como las mejillas se le sonrosaron y la

voz se le tornó aflautada. Volvió a ser una nena e imaginé a la jovencita y a la mujer enamorada.

Esa navidad fue diferente para las dos. Una sonrisa compinche esbozaba un “yo sé que tú sabes”. Nos unimos en un abrazo infinito más allá de los lazos de sangre. Fui para ella un bálsamo como ella lo fue en mi infancia. Brazos tiernos que me cobijaron en las pesadillas.

Regresé al año siguiente para la misma fecha. Mi abuela ya no estaba entre nosotros. En la víspera de noche buena, soñé con ella. La vi sentada a los pies de mi cama mirándome complaciente. Desperté sobresaltada. Me encontraba sola en la penumbra del cuarto y un intenso aroma a almendras y canela flotaba en el ambiente.

Cuento publicado por Editorial ADIH (actual Trirremes) en el marco del “I Certamen Angeles Palazón Gonzalez de Cuentos Navideños”.



Nora Ibarra
1953, Argentina - Brasil

Libérate Sombra

Los recuerdos se mezclan con los miedos.

¿O son a mis recuerdos a los que temo?

Era el final de la primavera, no lo adiviné, esa fue la noche de mi muerte.

Aquella noche estaba con Meison, en ese bosque donde solía llevarlos ¿recuerdas lo que dijiste cuando lo conocí? Lo que decías siempre, que sus ojos eran los indicados, fue extraño porque en él sentí algo diferente, en él y sus grandes ojos negros sin pestañas y con pocas cejas; al igual que con los demás fue fácil seducirlo aunque por primera vez me vi pérdida en su presencia, pérdida en su encanto, un hombre alto de tez morena que, por poco hace que olvide mi objetivo, esa intención de la que me ocultabas tanto, nunca dude de ti porque siempre estuviste conmigo aun cuando siempre estuve sola.

En aquella mañana de hace catorce años, cuando fui encontrada en la orilla de ese mismo bosque con las ropas manchadas con el ocre de la sangre seca, dijeron que fue un milagro, no crees en milagros verdad. Juraste no saber nada, que no sabías nada de mi familia desaparecida, pero lo sabías todo, sin embargo hiciste que te ayudara, me usaste.

Recuerdo la primera vez que escuche tu voz, estaba tan asustada pero me fui acostumbrando a ti, porque cada vez me eras más familiar, cada vez te atrevías a hablarme más seguido y con más claridad, preparaste mi cabeza. Supongo que me lo busque porque me gustaba hacer lo que me pedías, ¿recuerdas la primera vez? Fue solo hace tres años, al comienzo me asusté pero luego me produjo placer la idea, descubrí la morbosidad y deje que me absorbiera, me entregue a ella y me gusto su causa, dejé que abrieras la puerta que conduce a otras sombras interiores, probé el éxtasis de la caza y la depravación, la caza de los hombres.

Cuando llevaba tres semanas de estar con Meison dudé de él, sabía que me mentía, lo vi en sus ojos y sin embargo seguí su juego, sabía qué hacer. Cuando lo traje a este bosque con la ilusión de cumplir mi más grande fantasía estaba emocionado, le gustaba como lo complacía, aun complaciéndome. Llevarlo al sitio dentro de la arboleda fue tedioso pero lo hice y, al darle ese último beso con el que le perforé el estómago después del acto, me miró con tanta extrañes como los demás. A veces tenía la impresión de ver tu reflejo en la periferia de los ojos de mis víctimas, en ese instante de irónica turbación.

Complazco mis deseos enfermos como me enseñaste, catorce es el número.

Meison no se defendió como los demás, pero aun si lo hubiera hecho, no lo habría conseguido, ya que la daga contenía veneno paralizante de araña, me gustaba que sufrieran, ver el dolor en sus ojos... bueno, en su ojo, pues como me pedías les arrancaba el ojo derecho y hacia que se lo tragaran entero, pero no entraré en pormenores de como jugaba con sus cuerpos y mi daga, sólo que arrojaba sus cuerpos en el sitio que me pedías después de arrancarles su ojo izquierdo, que guardaba en un frasco y dejaba junto a la fosa. Siempre fue fácil colocarlos en la pila, excepto con Jack, que tuve que matarlo en la ciudad y traerlo hasta aquí. Cuando arrojé el último trozo de Meison me hablaste como no lo habías hecho, sentí el cuerpo lento y un mareo que no se disipaba, usaste mi voz para pronunciar unas palabras en un lenguaje extraño para mí, no supe que estaba pasando pero tuve que vivirlo, perdía poco a poco la voluntad de mi cuerpo que subía de temperatura a cada segundo, no supe porque tomé el frasco y puse uno a uno los ojos en mi boca, lo más extraño fue ver ese líquido que salió del fango y sacó a todos los cuerpos, los conté muy bien, habían cuatro más que parecían haber estado mucho tiempo allí.

En la poca noción de mi consciencia, vi como ese líquido desvanecía los cadáveres hasta desaparecerlos, hiciste que me sumergiera en ese fango y sonreíste, sonreíste con mi rostro, fue como si yo hubiera roto tus cadenas.

Cuando salimos de ese amasijo no sentía nada, ni siquiera amargura, aún no comprendía pero lo hice cuando conocí tu nombre, Sombra, cuando vi tu triunfo y sentí lo único que me permite sentir ahora, ese deseo de venganza que te ha carcomido.

Callas, pero sé que me escuchas, me escuchas como yo te escuchaba cuando eras tú, y no yo...

La voz en mi cabeza.



Jonatan Bedoya Zapata
Universidad del Tolima - Colombia

El tiempo del arte

El arte no es más que la técnica de la ciencia aún no descubierta. Un proceso que manipula información para interactuarla entre sí dentro de una mente pensante que recurre inconscientemente a las reglas estéticas planteadas desde la naturaleza.

En un mundo donde el tiempo es la herramienta del quehacer humano, las actividades del mismo deben intercalarse entre sí para no producirle cansancio, tedio, aburrimiento o estrés.

El arte, como objeto de interacción sensible, puede inducir en el hombre cualquiera de las sensaciones anteriores, por lo tanto, el tiempo de exposición es algo muy importante.

Al estar en un museo, ¿cuál es el tiempo que brindamos para apreciar una pintura?, por supuesto, hay muchas otras que merecerán de nuestra atención, tendremos que regresar a nuestras casas y preparar la comida en algún momento.

La complejidad y el tipo de obra de seguro conllevarán exigencias de tiempos de apreciación diferentes. De unos cinco minutos para una imagen fija a varias horas en una película. ¿Pero acaso vemos largometrajes de cinco horas todos los días?, ¿o canciones de treinta minutos?

Aunque en la actualidad aún hay géneros artísticos a los cuales se les permite extenderse en la exposición del tiempo de apreciación. Uno de ellos es la literatura, ¿cuánto tiempo nos lleva leer un libro de aproximadamente quinientas páginas o más? Seis horas si se es un lector ávido, catorce si no lo eres tanto, treinta si al avanzar no le comprendes. ¿Cuántas semanas han visto en esos números?, y solo por un libro...

Cuando escribimos una narración, de inicio, desarrollo y desenlace, los tiempos de cada elemento deben acomodarse al texto por narrar, sin omitirse ni extenderse más allá de lo debido. Si se ha comprobado que se puede escribir un mismo texto con menor cantidad de información, es porque esa obra prolonga los tiempos de presentación de información, tiene exceso de descripción o una fallida pretensión por explicar un concepto complicado.

Transcurrimos en un mundo donde la brevedad es más intensa conforme las actividades vayan aumentando, y los conocimientos del arte y la ciencia superan cada vez más al hombre; que en su afán por ser bueno en algo, el sistema le impide ver la completa realidad total de su materia.



Eric J. Lagarrigue

San Miguel de Tucumán, Tucumán Argentina - 1993